

A continuación encontrarás una muestra del libro «No es cuestión de ganar» del autor Andy Stanley.

Puedes adquirir el libro aquí:  
<https://www.editorialunilit.com/no-es-cuestion-de-ganar>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros  
por el correo [info@editorialunilit.com](mailto:info@editorialunilit.com)



**NO ES**   
**CUESTIÓN**  
**DE**   
**GANAR**

**POR QUÉ ELEGIR UN BANDO**

**MARGINA A LA IGLESIA**

**ANDY STANLEY**

# CONTENIDO

|   |      |
|---|------|
| <i>Reconocimientos</i> . . . . .                | xi   |
| <i>Introducción: Sin precedentes.</i> . . . . . | xiii |

## **PRIMERA PARTE: MI 2020**

|  |    |
|--|----|
| 1. La batalla de los baldes. . . . .           | 3  |
| 2. El cristianismo de guerra cultural. . . . . | 17 |
| 3. Cancelado. . . . .                          | 31 |

## **SEGUNDA PARTE: NUESTRA HISTORIA**

|                                   |     |
|-----------------------------------|-----|
| 4. Reinos en conflicto. . . . .   | 55  |
| 5. Acerca de la marca . . . . .   | 68  |
| 6. Uno para la victoria . . . . . | 94  |
| 7. La gran cena de Dios . . . . . | 109 |
| 8. Inquisidor en jefe . . . . .   | 129 |

## **TERCERA PARTE: LA SENDA POR DELANTE**

|   |     |
|---|-----|
| 9. Aplíquese solo según las instrucciones . . . . . | 151 |
| 10. Lo más importante ahora . . . . .               | 173 |

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| <i>Notas</i> . . . . .             | 193 |
| <i>Acerca del Autor.</i> . . . . . | 203 |

## INTRODUCCIÓN

# SIN PRECEDENTES

### 2020

Una pandemia que creó un cierre económico que nos dejó tambaleantes frente a una debacle financiera mientras navegábamos a través de la inestabilidad social durante un año de elecciones.

**F**ue mi primera vez.  
La tuya también.

Sin instrucciones, sin maestros, sin mapas. Estábamos solos.  
Pero no éramos los únicos.

Los que estábamos en liderazgo sentimos el peso de la responsabilidad en maneras para las cuales la mayoría no estábamos preparados. La gente buscaba en nosotros la más diminuta pizca de claridad en medio de una inseguridad desmoralizante.

Yo sentí la presión. La sentí como padre, como pastor y como empleador.

El año 2020 sacó de nosotros lo mejor y lo peor. Puso al descubierto nuestras debilidades y desplegó nuestras fortalezas. Nos hizo aminorar el paso en algunas áreas y nos obligó a apurarnos para mantenernos al paso con los demás. Según Scott Galloway, autor de *Post corona: De la crisis a la oportunidad*, la pandemia fue un acelerante. «Toma cualquier tendencia: social, empresarial, o personal, y muévete diez años hacia adelante»<sup>1</sup>.

Con razón estamos agotados.

Durante el 2020, animé a mi congregación a *escribir una historia de la pandemia que estarían orgullosos de contar*. Les preguntaba: «Cuando el 2020 no sea más que una historia que contar, ¿qué historia quieren contar? ¿Una historia de pánico, temor, egoísmo? ¿O una historia de fe, compasión, fidelidad, generosidad?». Les recordaba: «Están escribiendo su historia de la pandemia, decisión por decisión, respuesta por respuesta. ¡Escriban una buena!».

Tristemente, muchos evangélicos *no* escribieron una buena.

## LA ZONA DEL DESCUBRIMIENTO

Cuando la vida es impredecible, es natural perder de vista lo que más valoramos, lo que más tememos. Pero cuando se nos viene encima un tsunami de incertidumbre, las cosas se hacen reales con rapidez. La inseguridad no altera nuestro sistema de valores. Lo pone al descubierto. Cuando no ponemos esfuerzo de nuestra parte, lo que en *realidad* es más importante sale inmediatamente a la superficie. En temporadas de inseguridad descubrimos lo que más valoramos. La inseguridad y el temor que le sigue de cerca arrancan el enchapado y revelan lo que está escondido debajo de la superficie.

En 2020, los evangélicos estadounidenses descubrimos lo que más valoramos. La crisis política, social, económica y de salubridad del 2020 no hizo que le quitáramos prioridad a nuestros valores. Esos eventos solo pusieron al descubierto lo que ha sido cierto por largo tiempo. Mientras que nuestras *acciones* no siempre cuentan toda la historia, de hecho, nuestras *reacciones* sí. Las reacciones de pastores prominentes, predicadores de podcasts cristianos, personalidades de televisión y

líderes de organizaciones sin fines de lucro, a los eventos que definieron el año 2020, revelaron la perturbadora realidad que por mucho tiempo viene escondida debajo de la retórica vestida de Biblia, las afirmaciones de fe, los libros, la música y los sermones. Resulta que lo que decimos que es más importante no es en realidad lo que consideramos que es más importante.

Nuestra respuesta al 2020 puso esto muy en claro. Peor aún, nuestras respuestas a los eventos del 2020 pusieron en claro nuestros valores de manera *vergonzosa*.

La gente nos está mirando.

Oyendo.

Como consecuencia, la gente que no comparte nuestra fe descubrió lo que para nosotros es lo más importante también. Y mientras que *nosotros* podemos sorprendernos por lo que el 2020 reveló acerca de nosotros, ellos no. Ellos lo sospecharon siempre. Nuestra respuesta a los eventos de 2020 simplemente confirmó sus sospechas, principalmente, que una vez que raspamos el barniz de nuestros sermones y nuestras canciones, valoramos las mismas cosas que los demás valoran.

¿Y qué es lo que la Iglesia evangélica de Estados Unidos valora más?

Ganar.

¿Qué nos aterra más?

Perder.

No ganar o perder almas. Sistemáticamente hemos aislado a más de la mitad de las almas en Estados Unidos por medio de nuestra retórica, que no tiene semejanza alguna a Cristo, y nuestra postura basada en el temor. A pesar de todo lo que hablamos de evangelización, avivamiento y alcanzar a los perdidos, claramente no estos son nuestros intereses principales. No es lo que más valoramos. Si lo fuera, no nos hubiéramos

permitido ser arrastrados ni enmarañados en conflictos mucho menos nobles con objetivos mucho menos nobles.

Si el evangelismo y el discipulado fueran verdaderamente lo más importante, no habiéramos cedido con tanta facilidad nuestra influencia sobre aquellos que necesitan ser evangelizados y discipulados. No nos habiéramos dejado ser reducidos a un bloque de votos. Un grupo de votantes. Parte de un electorado. Peones.

Es trágico que a causa de nuestro sistema de valores inapropiado y sin semejanza a Cristo... nuestro amorío con ganar... no estuvimos preparados ni en posición de aprovechar lo que, mirando atrás, pudo haber sido la mayor oportunidad de la Iglesia en nuestra era; una oportunidad cuando, para pedir prestadas las palabras del apóstol Pablo, tuvimos la oportunidad de *brillar* como estrellas en el firmamento, de vivir como «hijos de Dios sin culpa en medio de una generación torcida y depravada»<sup>2</sup>. En su lugar, usando las palabras de Pablo nuevamente, *nos quejamos y protestamos*. Unos con otros. Con nuestros vecinos. Con los gobiernos locales y estatales. Usando las palabras de Jesús, tuvimos la oportunidad de hacer brillar nuestra «luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo»<sup>3</sup>.

En su lugar, escondimos nuestra luz debajo de un barril. Hicimos fila detrás de nuestro partido político preferido y usamos nuestro texto sagrado para validar nuestra conversación política. Discutimos con nuestros hermanos y hermanas y tratamos a nuestros vecinos con sospecha. Les hicimos la guerra a nuestros funcionarios locales y estatales sobre nuestro *derecho de reunión*...hombro con hombro...dentro de un local...en medio de una pandemia. Dejamos la impresión de que nuestra fe personal sufriría un daño irreversible si no podíamos reunirnos dentro de un edificio cada siete días. En las redes sociales demonizamos y criticamos, por nombre, a gente que

nunca habíamos conocido. Cedimos nuestra instancia moral suprema y confirmamos lo que la generación de nuestros hijos ha sospechado por mucho tiempo: que en realidad no creemos lo que decimos que creemos. Nuestra retórica y nuestras respuestas dicen cosas diferentes.

Nos dejamos dividir sobre mascarillas y vacunas. Quizá la cúspide de la locura sea que un número no insignificante de líderes cristianos evangélicos consideraron (y aún consideran) que las vacunas contra el COVID son *la marca de la bestia*.

Todavía estoy buscando la bestia.

La demonización indiscriminada de grupos completos de personas fue considerada un ejercicio de virtud. Después de todo, ¡estamos definiéndonos por la verdad!

¡No seremos intimidados!

¡Estamos peleando la buena batalla!

¡Vinimos para *ganar*!

Ya para finales del 2020, según se escurrían los prospectos de ganar política y culturalmente, muchos líderes evangélicos de alto perfil se comportaban tan groseramente y de manera poco semejante a Cristo como sus contrarios seculares. En algunos casos, peor. En su esfuerzo por salvar a Estados Unidos del otro partido político, perdieron la oportunidad de salvar a la mitad de la población estadounidense de su pecado. Por consecuencia, perdimos toda la influencia. Perdimos toda credibilidad.

Entonces el candidato que la mayoría de los evangélicos apoyaba perdió las elecciones.

## PRONOMBRES

Si te confunde o te ofende mi uso del *nosotros* colectivo, lo entiendo. Después de todo, no nos conocemos; por lo tanto,



¿qué derecho tengo a presumir que fuiste parte o apoyaste algo de esto? ¿Y el *nosotros* no me incluye a mí?

Sí.

He elegido mi pronombre a propósito porque si eres seguidor de Jesús, eres parte de *nosotros*. Y eres parte de *nosotros* porque *nosotros* somos uno: un cuerpo unido por un salvador y un bautismo. Posiblemente no te conozco, pero no puedo hacer nada sin ti. Quizá no te guste, pero me necesitas y estás conectado conmigo. Al menos, el apóstol Pablo lo creía. Al usar la analogía del cuerpo para describir la iglesia disfuncional de Corinto, no le dio a nadie la opción de separarse. Hizo precisamente lo opuesto: «Ahora bien, ustedes *son* el cuerpo de Cristo, y cada uno *es* miembro de ese cuerpo»<sup>4</sup>.

Implicación: Todos son uno, les guste o no, y se gusten los unos a otros o no.

*Ellos* eran un *nosotros*.

Y nosotros también.

Por mucho que quisiera distanciarme y diferenciarme de la conducta de algunos miembros del cuerpo, no puedo. Y tú tampoco. Y está bien, si consideramos el resto de lo que Pablo escribió acerca de este acuerdo incómodo: «Dios ha dispuesto los miembros de nuestro cuerpo, dando mayor honra a los que menos tenían, a fin de que no haya división en el cuerpo»<sup>5</sup>.

¿Quién nos unió?

Según Pablo, fue Dios. Y lo hizo para que no hubiera... espera... *división*. Como el cuerpo físico, es así para que en cada parte del cuerpo de la Iglesia «sus miembros *se preocupen por igual* unos por otros. Si uno de los miembros sufre, los demás comparten su sufrimiento»<sup>6</sup>.

Así que no hay lugar para tú versus yo. Te guste o no, te caiga yo bien o no, somos *nosotros*. Si te tuerces el tobillo, las otras partes del cuerpo no miran hacia el otro lado o publican en las

redes sociales acerca de tu tobillo. No culpan; se involucran. Vienen al rescate. Cuando una parte de tu cuerpo físico sufre, todo el cuerpo sufre.

Así que este es un problema de *nosotros*. Y *nosotros* debemos abordarlo.

El problema a que me refiero, el talón de Aquiles del evangelio moderno, es nuestra obsesión por ganar. Es una debilidad fatal porque aún una lectura rápida de los Evangelios y las cartas de Pablo ponen algo muy en claro. La iglesia no está aquí para ganar. Al contrario. Por toda medida humana, nuestro Salvador *perdió*.

A propósito.

Con un propósito.

Y *nosotros* somos su cuerpo.

Así que, como nuestro Salvador, no estamos aquí para ganar. Estamos aquí para algo totalmente diferente.

De ese algo se trata este libro.

**PRIMERA**   
**PARTE**   


 **MI**  
  
 **2020**

# LA BATALLA DE LOS BALDES



La diferencia es inevitable. La división es una decisión.

Nuestra nación decidió mal.

La Iglesia le siguió.

En nuestro presente clima cultural no existen temas ni personas neutrales. Todo y todos están politizados y obligados a caber nítidamente en uno de dos baldes.

Uno rojo y uno azul.

Esto no es nada nuevo. La polarización política ha sido una realidad nacional por décadas. Sin embargo, durante el 2020, el desordenado, pero a menudo productivo medio, casi se desapareció. Como resultado, los estadounidenses se vieron presionados a moverse hacia la derecha o hacia la izquierda, o ser dejados atrás.

Se dibujaron líneas donde en el pasado las líneas eran innecesarias.

Todo se convirtió en punto de debate. El cierre de los colegios. La apertura de los colegios. Las mascarillas. Las protestas. Y, desde luego, Anthony Fauci. Los republicanos lo amaban. Luego los demócratas lo reclamaron para sí.

Con el colapso del centro, el matiz abandonó el edificio. Sin matiz, los comentarios son tomados más literalmente de lo que fue su intención, y el diálogo productivo alrededor de temas complejos se hace virtualmente imposible. El resultado: O estás conmigo, o contra mí. Es todo o nada. Pero todo adulto sabe que el mundo no funciona así. Nada funciona así. Esa forma de pensar asegura que las cosas *no* funcionen.

Pero, como todo experto en política sabe, «todo o nada» vende. «Todo o nada» recibe votos. Es un imán de donaciones. Refuerza la identidad de la marca.

La gente debe saber más que eso. En particular los cristianos.

Desafortunadamente, y para reforzar el punto de este libro, las iglesias, los líderes eclesiásticos, y los pastores prominentes (junto a líderes de alto perfil de organizaciones religiosas) siguieron el ejemplo de la cultura y desalojaron el centro. Para nuestra vergüenza, añadieron sus voces a las de sus equivalentes seculares. No queriendo ser dejados fuera, y mucho menos dejados atrás, entraron en la lucha partidista. Hicimos lo que todos hacían, casi de la misma forma que ellos lo hacían. Públicamente nos unimos con un partido y con un candidato, y los defendimos sin miramientos.

En breve tiempo, nos olvidamos de lo que significa ser cristianos.

En el primer siglo, la palabra *cristiano* era una palabra política, no religiosa. Los seguidores de Jesús del primer siglo no eran tasados como cristianos para diferenciarlos de los seguidores de Zeus o de Júpiter. El término *cristiano* fue acuñado basado en la terminología política del latín. Cristiano era análogo de otras asociaciones políticas como *cesariano*, un seguidor de César; *herodiano*, un seguidor de Herodes; o más tarde *neroniano*, un seguidor de Nerón<sup>1</sup>. Los no cristianos en Antioquía, donde primero fue acuñado el término *cristiano*, veían a los seguidores de Jesús como partidistas políticos de un rey. Con el tiempo, ser llamado cristiano marcaba a un hombre o a una mujer como antirromanos, no antirreligiosos. Los cristianos eran vistos como amenazas al estado, pero no por lo que *creían*. Los cristianos eran vistos como amenazas al estado debido a quién decidían *obedecer*.

A Roma no le interesaba qué dios o dioses la gente escogía adorar. Su preocupación era política. Imperial. Le permitían a la gente que tuviera sus muchos dioses.

Pero solo un rey.

El mandato de Roma era inequívoco:

Adora a tu Cristo.

Obedece a César.

La separación entre lo sagrado y lo secular no era problema para los paganos idólatras. Pero para los cristianos, era imposible. Jesús era el rey que demandaba la obediencia de sus sujetos, más que su adoración. En el libro de Hechos, *cristiano* se encuentra exclusivamente en los labios de los críticos<sup>2</sup>. Era un agravio, un insulto.

Imagínate eso.

En el primer siglo, nadie le preguntaba a un cristiano si era cristiano.

Lo *acusaban*.

Era *evidente*.

Era evidente por su *comportamiento*. Su comportamiento subrayaba la fidelidad a un rey.

## NO TAN EVIDENTE

En 2020 lo que ha sido cierto para algunos se hizo evidente. Hemos reducido nuestra fe a fe. Creer es suficiente, lo cual nos hace libres para empacar nuestras creencias estáticas, nuestra religión internalizada, y correr a nuestras esquinas políticas preferidas. Como resultado, muchos cristianos, quizá la mayoría de ellos, se sienten más cómodos y sienten que tienen más en común con gente que comparte sus ideas políticas que con gente que comparte su fe cristiana. Esto es casi siempre el caso cuando el cristianismo es reducido a *la fe*. Pero una fe cristiana reducida a una creencia es una fe que ni Jesús ni el apóstol Pablo hubieran reconocido.

Cuando reducimos el cristianismo a una creencia, perdemos nuestra voz. Perdemos nuestra distinción. Somos fácilmente reducidos a un electorado, un bloque de votantes que puede ser seducido con vino, banquetes, mentiras y sobornos. Al reducir el cristianismo a una bifurcación pagana de lo sagrado y lo secular, hemos abandonado nuestra oportunidad, nuestra responsabilidad, de servir como la consciencia de la nación. Una vez que la Iglesia relegó a Jesús al plano de *perdonador de nuestros pecados* en vez de *Rey de nuestra vida*, le abrimos la puerta a reyes menores. Los tronos no se quedan vacíos por mucho tiempo.

Como consecuencia, a diferencia de los cristianos originales, *nadie nos acusa de pertenecer al partido de Cristo*.

Ningún político en ninguna parte se frustra con los cristianos testarudos en su distrito que se unen a su partido, ni insisten en que se comporten como su Señor. Negarnos a someter nuestra vida al Jesús del Evangelio nos prepara para ser seducidos a creer que, si aprovechamos, perfeccionamos y bautizamos los recursos y tácticas usadas por los reinos de este mundo, podemos hacer avanzar la causa de Cristo. Los boicoteos, las guías de votantes, las protestas, las demandas legales a los gobiernos locales y estatales, llamar por nombre a los políticos desde el púlpito: estas son las nuevas disciplinas espirituales. Y si las implementamos consistentemente, con la ayuda de Dios, ¡podemos retomar nuestro país! ¡Podemos ganar!

Eso sería fantástico si ganar fuera realmente ganar. Pero Jesús no vino para ganar como nosotros definimos *ganar*.

Él vino para perder. Y nos ha invitado a seguirle.

Nosotros no hemos venido para ganar. Hemos venido para algo diferente. Algo que el apóstol Pablo comprendió desde el momento cuando recobró la vista. Algo que los seguidores de Jesús en Antioquía comprendieron y recibieron. Algo que cambió el mundo. Algo que puede volver a cambiar al mundo.

## GANAR AL GANAR

El apóstol Pablo definió su victoria. Al hacerlo, definió la nuestra también.

Aunque soy libre respecto a todos, de todos me he hecho esclavo para ganar a *tantos* como sea posible<sup>3</sup>.

¿Esclavo de *todos*? ¿De veras, Pablo? ¿De los miembros del otro partido político? ¿Esclavo de aquellos con quienes no estás de acuerdo? ¿En serio?

Es importante recordar que Pablo no les estaba pidiendo a los gentiles que reconocieran el próximo paso en la historia de la redención de Dios que se estaba desarrollando. ¡Les estaba pidiendo que abandonaran todo su punto de vista mundial! No les estaba pidiendo que añadieran otro ídolo a sus altares. Seguir a Jesús exigía que vaciaran sus altares y destruyeran sus imágenes. Incluso las deidades de la casa vinculadas a tradiciones antiguas de la adoración de sus ancestros. «Lo siento, abuelo. Ahora soy cristiano. ¡Al fuego vas!».

Pablo continúa:

Entre los judíos me volví judío, a fin de ganarlos a ellos. Entre los que viven bajo la ley me volví como los que están sometidos a ella (aunque yo mismo no vivo bajo la ley), a fin de ganar a estos. Entre los que no tienen la ley me volví como los que están sin ley (aunque no estoy libre de la ley de Dios, sino comprometido con la ley de Cristo), a fin de ganar a los que están sin ley<sup>4</sup>.

Qué cobarde.



Impostor.

Pretensioso.

Vamos, Pablo. ¡Elige una posición! No te puedes quedar en el centro. Eres caliente o frío. ¿Es que tienes miedo de perder tus seguidores? ¿Estás tratando de nadar y guardar la ropa?

Ese era el sentir que comunicaban muchos feligreses conservadores hacia sus pastores durante los meses que precedieron las últimas elecciones. Pastores como yo, que se negaron a politizar nuestras iglesias a pesar de la intensa presión y la crítica. Negarnos a unirnos a un *bando* fue interpretado como negarnos a tomar una *posición*, aunque en realidad, *habíamos* tomado una posición. De manera adecuada y con valentía, nos habíamos negado a politizar la *ekklesia* de Jesús. Estábamos demostrando nuestro compromiso con la Gran Comisión. Nos negamos a enajenar a la mitad de nuestra comunidad tomando parte con un partido político o con otro. Decidimos quedarnos con Jesús en el centro desordenado, donde se resuelven los problemas, en vez de capitular a los temas de discusión políticos, divisivos y generalistas.

Es difícil tomar una posición a semejanza de Cristo cuando somos presionados a escoger un bando político. Es difícil seguir el ejemplo de Pablo cuando tantos en la iglesia prefieren que prediquemos como comentaristas. Aun así, como al apóstol Pablo, a muchos pastores valientes, centrados en el evangelio, no les interesaba ganar una elección. Ellos querían ganar *gente*. Su propósito no era salvar a Estados Unidos.

Era salvar a estadounidenses.

Estadounidenses en ambos lados, así como los que no habían tomado lados en la división política. Se les acusaba de ser cobardes cuando en realidad se habían mantenido fieles, a pesar de la presión de sus diáconos, ancianos y donantes, de hacer lo contrario.

Yo enfrenté (y enfrento todavía) mi porción de crítica. Docenas de familias se pusieron en contacto conmigo para

hacerme saber que abandonarían nuestras iglesias porque yo había traído la narrativa del Partido Demócrata. ¿Cuándo me decidiría? ¿De qué tenía miedo?

Fue decepcionante. Desalentador. Pero nadie me amenazó con echarme a los animales salvajes o convertirme en antorcha.

Que conste, la negación testaruda de Pablo de escoger un bando *entonces* es la razón porque tenemos sus cartas y son relevantes *ahora*. Su disposición de mantenerse firme solo contra la inimaginable presión de hacer otra cosa es el por qué sus cartas y su historia le dieron forma a la civilización occidental. Lo próximo que escribe es una de mis declaraciones favoritas del Nuevo Testamento. Es su declaración de misión y estrategia. Primero, la estrategia:

Me hice todo para todos...<sup>5</sup>

Traducido: ¡Soy espía! Hago lo que sea necesario para mezclarme con mis entornos. Me esfuerzo para no ser descubierto. He aprendido a desarrollar y navegar en mis relaciones con gente con quien no tengo nada en común.

Sin embargo, ¿por qué? Parece demasiado trabajo.

... a fin de... por todos los medios posibles...<sup>6</sup>

*Todos* los medios posibles. Esto no se puede ignorar. No importa lo que haya que hacer. Incluso ser maltratado y malinterpretado. Entonces revela su misión. Su gran misión inspirada por la Gran Comisión:

... a fin de salvar a algunos por todos los medios posibles<sup>7</sup>.

Pablo se vio obligado a navegar el estrecho espacio entre tres puntos de vista opuestos: (1) el judaísmo del primer siglo,

(2) un imperio que presumía que su poder era dado por diseño divino, y (3) las deidades paganas locales esparcidas por todo el imperio; cada uno de estos puntos de vista tenían largas historias que galvanizaban una visión mundial alimentada más que nada por la superstición y el miedo.

Había mucho que hacer. Tenía tres baldes delante y no cabía en ninguno de ellos.

Es sorprendente que lo que Pablo escribió e hizo haya sobrevivido. Pero así fue. Y en parte porque se negó a rendir su llamado y convicciones a la visión mundial y estructuras de poder de su tiempo. Pablo creía que YHWH había hecho algo nuevo en el mundo, para el mundo, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo en el mundo. Y estaba convencido de que tenía la autoridad moral y ética a pesar de estar prácticamente solo en esa convicción. No se sintió obligado a tener que ganar. Ya él había ganado por la obra de Cristo. El mundo había ganado. Solo que alguien tenía que decírselo. Y Pablo decidió hacer eso solamente.

Pablo no se alistó en las filas del templo, del imperio, ni de los sacerdocios locales. Su disposición de mantenerse firme aparte, solo, lo puso en posición para convertirse en el defensor más eficaz de nuestra fe que jamás ha vivido.

## EL COMÚN DENOMINADOR

Pablo era brillante e instructivo en su habilidad de encontrar y aprovechar el común denominador, tanto con los judíos como con los paganos. Sin embargo, nunca (nunca, nunca) usó el evangelio o las enseñanzas de Jesús para hacer avanzar sus agendas. Su mensaje era para gente en ambos bandos en ambos lados del pasillo.

A los paganos en Atenas les declaró:

Dios pasó por alto *aquellos tiempos* de tal ignorancia, pero *ahora* manda a todos, en todas partes, que se arrepientan<sup>8</sup>.

Dios había sido paciente con sus caminos paganos. No conocían algo mejor. Pero eso fue entonces. Ahora es ahora. Algo nuevo ha sucedido. Alguien nuevo había venido. Y había venido para beneficio de todo el mundo.

A los judíos y gentiles en Galacia les escribió:

Ya no hay judío ni griego, esclavo ni libre, hombre ni mujer, sino que todos ustedes son uno solo en Cristo Jesús<sup>9</sup>.

Esta declaración fue más escandalosa de lo que tenemos tiempo de discutir aquí. Pero el punto importante es este: Pablo llamaba a la gente *a salir*.

No se alineaba *con* ellos.

Los llamaba a salir de sus antiguas identidades, lejos de sus incrustadas categorías culturales. Los invitaba a dejar atrás algo y adoptar algo nuevo. Algo nuevo que se pudiera sostener por sí mismo. Algo tan diferente, tan innovador, que no podía mezclarse, subyugarse, ni incorporarse a otra agenda excepto la que fue la intención de su fundador. Mantener esta posición bastante solitaria fuera de todos los puntos de vista del mundo, le permitió a Pablo mantener el común denominador y establecer comunidades de fe. ¿Y qué le dio impulso a esta misión enfocada como un rayo de láser? Él nos lo dice:

Me hice todo para todos, a fin de salvar a algunos por todos los medios posibles. Todo esto lo hago por causa del *evangelio*, para participar de sus frutos<sup>10</sup>.

Hagámoslo.

De nuevo.

## SALVAR A ESTADOS UNIDOS

Cuando una iglesia local se preocupa por salvar a *Estados Unidos* a expensas de salvar a los *estadounidenses*, ha abandonado su misión. Cuando los líderes religiosos adoptan y se acomodan con la retórica de salvar a *Estados Unidos* que margina a los *estadounidenses*, son vagabundos en su deber. Cuando los pastores y las iglesias, intencionalmente o no, subyugan la tarea de ganar almas a ganar elecciones, ya han perdido.

Aunque ganen.

La emoción y el entusiasmo que experimentan las iglesias y las congregaciones activas en la política no es el espíritu de Dios. No es el espíritu de Dios porque ya no están en sincronía con la misión de Dios. Jesús fue claro en esto cuando comisionó a sus seguidores en el primer siglo. Él les dio a sus primeros seguidores una tarea monumental acompañada de una promesa monumental. Él concluyó la Gran Comisión con una promesa *condicional* que nos hemos acostumbrado a citar como si no tuviera condiciones.

Y les aseguro que estaré con *ustedes* siempre, hasta el fin del mundo<sup>11</sup>.

¿Quién es el *ustedes* en la frase *estaré con ustedes*?

Este *ustedes* fue mucho más allá de los que estaban en su audiencia inmediata. Después de todo, Jesús sugiere que habría *ustedes* haciendo discípulos hasta el fin del mundo. ¿Entonces, quién es *ustedes*? ¿Con quién prometió Jesús estar, *por medio* de quién obraría, *por* quién lucharía?

Esta promesa les es dada exclusivamente a los que priorizan su prioridad.

Los creyentes cuya principal ambición es hacer discípulos de todas las naciones. Creyentes dispuestos a navegar y mantener

relaciones con todo tipo de gente para «salvar a algunos» y «ganar algunos»<sup>12</sup>. Los seguidores de Jesús que adoptan la mentalidad de «por todos los medios posibles».

La iglesia o el líder religioso que se une públicamente a un partido político ha abandonado su habilidad de hacer discípulos a la mitad de su propia nación, mucho menos a todas las naciones. Con intención (o aun sin intención) alinear una iglesia local con un partido o candidato es un obstáculo insuperable al hacer discípulos de los que pertenecen al otro partido. Hacer esto deja fuera a la mitad de la población.

La iglesia o el líder religioso que se une a un partido político está descalificado del «ustedes» de Jesús. Si ese eres tú, deberías preocuparte. A mí me preocupa.

Así que, una vez más.

Con sentimiento.

La misión de la Iglesia no es salvar a *Estados Unidos*.

En el momento en que nuestro amor y preocupación por nuestro país tiene prioridad sobre nuestro amor por los habitantes de nuestro país, nos hemos desviado de la misión. Cuando salvar a Estados Unidos desvía nuestra energía, enfoque y reputación de salvar a los estadounidenses, ya no calificamos como la *ekklesia* de Jesús. Somos meramente recursos políticos. Un sector demográfico elector. Una oportunidad para fotografía. De nuevo, perdemos nuestra posición elevada de ser la consciencia de la nación. Cedemos nuestra autoridad moral y ética. Como escribe Tim Keller:

«Cuando la iglesia en su totalidad ya no es vista como alguien que habla acerca de asuntos más allá de la política, y cuando ya no está unida por una fe común que supera la política, entonces el mundo ve pruebas contundentes de que Nietzsche, Freud y Marx tenían razón al decir que la

religión es solo una máscara para aquellos que pretenden ganar en el mundo»<sup>13</sup>.

Durante los meses anteriores a las elecciones de 2020, las congregaciones y los líderes religiosos politizados jugaron su mano en exceso. Era dolorosamente obvio que querían «ganar en el mundo». Sí, tenían versículos bíblicos para apoyar su deseo de «ganar en el mundo». Pero lo que no tenían era el apoyo de su Salvador.

Ahora bien, en caso de que te preguntes, sí, yo amo a mi patria. Profundamente. Aún así, cuando me muera, no iré a Washington D. C. Y tú tampoco. Ni tampoco tus vecinos o sus hijos. No es cuestión de patriotismo. Es cuestión de prioridad. Recuerda, cada vez que pones la mano sobre tu corazón y recitas el Juramento de Lealtad, declaras la prioridad por la que estoy abogando:

«Una nación bajo Dios».

Dios primero.

La nación después.

Nuestra alianza suprema es a un Rey que vino para invertir el orden de las cosas, el Rey que en vez de exigir que sus súbditos mueran por Él, Él murió por sus súbditos.

Ese Rey es mejor.

Y nuestra devoción sin compromiso a nuestro mejor Rey, al final hará de Estados Unidos una mejor nación.

## **NO SE PUEDEN MEZCLAR**

No quería, ni tenía tiempo, de escribir este libro. Pero mi corazón sangra por la división, no del país, sino de la Iglesia.

División.

La división es precisamente lo que más preocupaba a Jesús<sup>14</sup>, y es precisamente lo que aparentemente *no* nos preocupa a nosotros. Lo cierto es que hemos fomentado e impulsado la división al permitir que el caos político y cultural nos distraiga de lo que el Salvador nos ordenó hacer. Como consecuencia, nuestra preocupación principal a menudo refleja las preocupaciones de nuestro partido político preferido en vez de las de nuestro Salvador preferido. ¿Y qué le preocupa más a tu partido político? Lo mismo que le preocupa al partido contrario: ganar.

Cuando ganar reemplaza a seguir, podemos santificar todo tipo de conducta que no se asemeje a Jesús para justificar el fin. Nos hace listos para hablar y lentos para pensar. Criticamos a los incrédulos por comportarse como incrédulos. Criticamos a los creyentes sin hablar antes con ellos. A la calumnia la llamamos decir la verdad. Reclamamos, defendemos y demandamos para asegurar que nuestros derechos tengan prioridad sobre defender los derechos de otros. Creemos lo peor. Nos regocijamos cuando nuestros enemigos tropiezan. Salvar a Estados Unidos se sobrepone a nuestro amor por el estadounidense que vive al lado. Y con el tiempo, podemos producir capítulos y versículos que apoyen lo que queramos.

Quizá por eso Jesús nos invitó a seguirle a *Él* y no a nuestra *interpretación* de un texto sagrado. Sigue a Jesús en los Evangelios y no encontrarás justificación para nada de lo anterior.

Cuando ganar reemplaza a seguir, ya no seguimos. Ya no somos cristianos como lo definieron los que originalmente acuñaron la terminología.

## LA MEZCLA

Se nos ha dicho que no mezclemos la religión con la política. Si por *religión* nos referimos a la adoración colectiva y las



oraciones privadas a un Dios preocupado principalmente por la adoración colectiva y las oraciones privadas, entonces, sí. No las mezcles. Existen en dos planos totalmente diferentes. Una en el mundo real. La otra en la imaginación de alguien.

En cambio, si por *religión* estamos hablando de un Dios que se hizo carne, habitó entre nosotros y nos enseñó a vivir... si estamos hablando de un Dios que se vistió de carne humana para que podamos entender quién es Él, lo que le agrada, de quién se agrada y cómo debemos tratar a aquellos de quién Él se agrada, eso es otra cosa.

Es un reino que invade a otro.

Eso es una buena noticia.

Ese es el reino de Dios que viene a nosotros<sup>15</sup>. Ese es el reino de Dios que viene a nuestra ciudad.

Los seguidores de Jesús en Antioquía estaban convencidos de que esto había sucedido. Y como descubriremos más adelante, ellos no cambiaron de *religión*.

Cambiaron de *lealtad*.

Cambiaron de *rey*.

Y era evidente.

Hagamos *evidente* nuestra lealtad a Jesús una vez más.